

los libros. El razonamiento, de gran importancia para las demostraciones científicas, tiene escaso valor en la génesis de nuestras creencias. Las ideas no se imponen por su exactitud, sino únicamente cuando por el doble mecanismo de la repetición y del contagio han dominado esas regiones de lo inconsciente, donde se elaboran los móviles generadores de nuestra conducta. Persuadir no consiste simplemente en demostrar la exactitud de una razón, sino en imponer esta razón.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ESPINOSA"
Año 1925 MONTREAL, MEXICO

CAPÍTULO II

Las necesidades económicas y las teorías políticas.

Las imágenes evocadas en el espíritu por los relatos, impresionan poco, y por esto las diferencias del pasado y del presente no aparecen jamás con bastante claridad.

No se representan fijamente las cosas abstractas sino comparándolas con impresiones concretas ya sentidas. Quien haya visto una batalla ó un naufragio se sentirá siempre impresionado al oír la narración de sucesos semejantes.

Esta representación del pasado por medio de la comparación concreta se me hizo muy viva un día en las circunstancias siguientes: haciendo una excursión tuve que atravesar en automóvil el puente que hay sobre el río que divide en dos pueblos la antigua ciudad de Huy, en Bélgica. Una niebla tan intensa la envolvía, que fué necesario detenernos; descendí del automóvil y me asomé á la barandilla. Bajo el espeso manto de la bruma que cubría todo, se entreveían imponentes masas; aquello era para mí lo desconocido; esperé á que se revelase. De repente un rayo de sol disipó las nubes y en una visión imprevista surgieron, separados por el río, dos mundos, dos expresiones de la humanidad erigidas frente á frente, y que á primera vista aparecían como amenazadores, inconciliables y terribles. Sobre la margen izquierda un conglomerado de anti-

guos edificios, y dominando su conjunto un gigantesco castillo de líneas rígidas y una majestuosa catedral embellecida por la piedad de numerosas generaciones. En la margen derecha y frente á estas grandes síntesis de la Edad Antigua aparecían las tapias tristes y desnudas de una inmensa fábrica de ladrillos grisáceos, en la que sobresalían altas chimeneas vomitando torrentes de humo negro surcados por llamas. Á intervalos regulares la puerta se abría dando paso á largas filas de hombres hirsutos cubiertos de sudor, la cara sucia, la vista sombría, hijos de antepasados dominados por dioses y reyes que únicamente habían cambiado de amo para ser servidores del hierro. Eran dos mundos, dos civilizaciones, obedeciendo á móviles diferentes, animados de distintas esperanzas: de un lado un pasado ya muerto, pero cuya carga sufrimos todavía; de otro un presente preñado de misterios y llevando en sus entrañas un porvenir desconocido.

Siempre existieron estos dos mundos, constantemente hostiles, pero sentimientos semejantes y una fe común llenaban el abismo que los separaba. Hoy día, la fe y los sentimientos han desaparecido, dejando en pie tan sólo la atávica hostilidad del pobre contra el rico. Liberados gradualmente de las creencias y de los lazos sociales del pasado, los trabajadores modernos se revelan más y más agresivos y opresores, amenazando las civilizaciones con tiranías colectivas, que harán quizá buenas la de los peores déspotas. Hablan como amos á los legisladores, quienes les adulan servilmente y soportan todos sus caprichos. La influencia del número sustituye cada vez más á la influencia de la inteligencia.

*
* *

La vida política es una adaptación de los sentimientos del hombre al medio que le rodea. Estos sentimientos varían poco porque la naturaleza humana se transforma con lentitud, en tanto que el medio moderno evoluciona rápidamente á causa de los progresos continuos de la ciencia y de la industria. Cuando el ambiente exterior se modifica demasiado de prisa, la adaptación es difícil, y de aquí resulta el malestar general que se observa hoy. Constituye un problema siempre nuevo y cada vez más grave el de amoldar la naturaleza del hombre á las necesidades de todo orden que le rodean y que no puede dominar.

El mundo antiguo y el mundo moderno difieren profundamente por sus pensamientos y sus formas de existencia. Los elementos nuevos que nos conducen no se derivan de razonamientos abstractos, y no varían conforme á nuestras esperanzas ó á nuestras concepciones lógicas: son el resultado de necesidades impuestas y no creadas.

No es por las rivalidades y las luchas, pues estas últimas nacen de pasiones que no varían, por lo que la época actual difiere de las que la han precedido. La diferencia real consiste principalmente en la desemejanza de los factores que contribuyen ahora á la evolución de los pueblos. Es éste un punto tan esencial, que creo interesante insistir sobre él.

Las verdaderas características de este siglo son: en primer lugar, la sustitución del poder de los reyes y de las leyes por el de los factores económicos; y en segundo, la comunidad de intereses entre pueblos antiguamente separados y que nada tienen de común. Este último fenómeno, de origen relativamente reciente, tiene una importancia considera-

ble. Los pueblos no están como antiguamente aislados y sin relaciones comerciales; viven los unos de los otros y no podrían subsistir los unos sin los otros. Inglaterra se vería pronto reducida al hambre si se la rodease de un muro que impidiese la llegada de los géneros alimenticios que trae de fuera y que paga con otras mercancías.

Estas condiciones nuevas de existencia permiten presentir que, en todos los grandes movimientos comerciales é industriales que transforman la vida de las naciones, creando la riqueza en unos sitios y la pobreza en otros, la influencia de los gobernantes, antes tan considerable, es cada día más débil. Convencidos ellos mismos de su impotencia, siguen los movimientos en vez de dirigirlos; las fuerzas económicas son los verdaderos directores é inspiran á las voluntades populares, á las que nadie se resiste. Hace sesenta años un soberano hubiese tenido suficiente poder para decretar el libre comercio en su país. Nadie se atrevería hoy á intentar semejante cosa. Importa poco que la protección, condenada por la mayor parte de los economistas, sea beneficiosa ó perjudicial. Responde á las voluntades populares de los momentos presentes, y existen en ellos necesidades tan apremiantes y perentorias que obligan á los hombres de Estado á no preocuparse del porvenir. Muchas veces, éstos se hacen ilusiones sobre las consecuencias de su intervención. Los jefes dóciles, de ejércitos muy indómitos, obedecen siempre y no mandan nunca.

En la sesión del 11 de Marzo de 1910, M. Méline aseguraba ante el Senado que el libre comercio había arruinado á la agricultura inglesa, cuya producción de trigo había bajado más de la mitad en medio siglo, mientras que con el régimen de protec-

ción, Francia, que en 1892 tenía un déficit alimenticio de 695 millones, había conseguido que desapareciese, y, por el contrario, poseía un superávit de cinco millones, que le permitía exportar trigo en lugar de importarlo. El célebre economista atribuía, naturalmente, al régimen proteccionista, del cual fué apóstol, los 700 millones que los agricultores consiguen ahora de la tierra. Esto no obstante, se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que desde el origen del mundo ninguna ley ha tenido tal poder creador. En efecto, la nueva producción agrícola obedece únicamente á los inmensos progresos científicos realizados por la agricultura. Y si los ingleses no han conseguido los mismos progresos, no es en manera alguna porque el libre comercio les impida luchar contra la concurrencia extranjera, sino sencillamente porque estiman más remunerador fabricar productos industriales, con cuya venta consiguen más riqueza que la que necesitan para comprar toda la harina que les hace falta. Por lo demás, no es cuestión para tratar aquí la referente á si el régimen proteccionista es beneficioso ó perjudicial. En la política actual, y esto es precisamente lo que yo quería demostrar, no se trata de investigar lo mejor, sino únicamente lo accesible. En nuestros días ningún déspota sería bastante fuerte, repito, para imponer el libre comercio ó el proteccionismo á un país que no lo quisiese. Cuando los pueblos se engañan, peor para ellos. La experiencia se encarga de hacérselo saber. Algunos hombres de genio, ayudados por las circunstancias, llegan á vencer la corriente, pero su número fué siempre muy escaso.

Lo precedente muestra bien á las claras hasta qué punto los factores actuales difieren de los del pasa-

do, y permite presentir la escasa influencia de las teorías políticas sobre la evolución de los pueblos. Con el progreso de las ciencias, de la industria y de las relaciones internacionales han surgido maestros invisibles, pero poderosos, á los que los pueblos y sus soberanos deben obediencia.

* * *

Los elementos económicos de la vida de los pueblos constituyen, por tanto, necesidades á las cuales están obligados á adaptarse y de las que no pueden sustraerse. Á estas necesidades naturales se añaden otras artificiales que tratan de crear los teóricos de la política y los gobiernos que les siguen. Estudiemos su influencia.

Los biólogos, no obstante todos sus trabajos de laboratorio, jamás han conseguido transformar una especie viviente. Las ligeras modificaciones exteriores que ha conseguido crear el arte del educador, no tienen duración ni fuerza.

¿Es más fácil transformar un organismo social que un ser viviente? La respuesta afirmativa á esta cuestión ha inspirado nuestra política, desde hace más de un siglo, y la inspira todavía.

Los revolucionarios de todos los tiempos, sobre todo los de nuestra gran revolución, y los socialistas, han creído en la posibilidad de que las sociedades se modifican por medio de instituciones nuevas. Todos aspiran á reconstruir las sociedades sobre bases inspiradas por la razón pura.

Pero á medida que la ciencia progresa, comprueba la inexactitud de esta doctrina. La Psicología y la Historia, reforzadas por la Biología, demuestran que nuestros límites de acción sobre una sociedad

son muy restringidos, que las transformaciones profundas no se realizan jamás sin la acción del tiempo y que las instituciones son la envoltura de un alma interna. Las instituciones son una especie de vestido, capaz de adaptarse á una forma interior, pero impotente para crearla, y por ello instituciones excelentes para un pueblo, pueden ser detestables para otro. Una institución, lejos de ser el punto de partida de una evolución política, es simplemente el término.

Cierto que existe una influencia de las instituciones y de los hombres en los acontecimientos. La Historia lo demuestra en cada página; pero exagera su poder al no fijarse en que esos sucesos son el resultado de un largo pasado. Si no ocurren en el momento preciso, su acción es sencillamente destructora, como la de los conquistadores.

Es un dogma que tendremos que combatir con frecuencia en este libro el de creer que se modifica el alma de un pueblo cambiando sus instituciones y sus leyes. Los pueblos latinos permanecen en esa creencia, y éste es el origen de su debilidad. Sus ilusiones sobre el poder de las instituciones nos han costado la más sangrienta revolución que ha conocido la Historia, la muerte violenta de muchos millones de hombres, la decadencia profunda de todas nuestras colonias y el progreso amenazador del socialismo. Nada ha podido combatir á ese terrible dogma y no cesamos de aplicarle á los desgraciados indígenas que caen en nuestras manos y que conducimos así al odio y á la revolución. Los periódicos nos suministran recientemente nuevo ejemplo de esta ceguera general, reproduciendo algunos extractos de una circular del gobernador de la Côte d'Ivoire á sus administrados. Su resulta-

do final ha sido el levantamiento del país, el asesinato de muchos oficiales y la costosa necesidad de tener que enviar la metrópoli numerosas tropas para restablecer el orden. Si los ingleses y los holandeses gobernasen sus colonias con tales principios, hace tiempo que las habrían perdido.

El documento, del que voy á copiar los más salientes párrafos, demuestra plenamente nuestra irreductible incapacidad para comprender que el alma de un pueblo no se transforma con decretos y que instituciones excelentes para un pueblo pueden ser malas para otro y siempre inaplicables.

«*Es menester* — escribía ese gobernador — que nuestros súbditos vayan por la senda del progreso aun á pesar suyo..... La autoridad obtendrá lo que se niegue á la persuasión..... Es necesario modificar en absoluto la mentalidad negra para hacernos comprender..... Lo que yo no quiero es demostrar una sensiblería sin resultado..... Aun cuando debamos prescindir de los deseos de los indígenas, importa que sigamos sin reparo la única vía susceptible de llevarnos al fin..... No creo que haya que temer las consecuencias de nuestra acción, aun cuando ésta no respete usos que, por lo menos, son opuestos á todo progreso.»

Lo que sería urgente modificar, si dependiese de nuestra voluntad, no es la mentalidad negra, sino la de los administradores capaces de suscribir párrafos como los transcritos.

En cuanto á la ilusión del célebre gobernador, de que «no hay que temer las consecuencias de nuestra acción», los acontecimientos se han encargado de darle una dura lección, que desgraciadamente no se aprovechará. El signo característico de una creencia fué siempre el de no ser modificable por

la observación, ni por el razonamiento, ni por la experiencia; las creencias políticas tienen la misma tenacidad que los dogmas religiosos, aunque no poseen siempre su duración. Este dogma de la transformación de las almas de los pueblos bajo la influencia de las instituciones es indiscutible en Francia para todos los partidos, incluso los más conservadores. Recientemente lo hemos visto comprobado en un manifiesto publicado en Marzo de 1910 por el Duque de Orleans y del cual copiamos el siguiente párrafo:

«Nunca como ahora parece que los acontecimientos han dado mayor razón al axioma político siguiente: *las instituciones son las que corrompen á los hombres*. Cualquier detalle que nos suministre la actualidad, lo demuestra con la misma precisión que una figura de geometría aclara un teorema.»

Este principio se inspira todavía en Rousseau, quien creía que las sociedades pervertían á los hombres. Á nuestro juicio, el que aspira á reinar, debería renunciar á profesar abiertamente tales doctrinas.

..

El progreso de la Psicología moderna permite explicar la influencia de la razón en la organización de las sociedades, en sus creencias y en su conducta. Esa influencia es muy débil, aun cuando todos los gobernantes pretenden apoyarse en ella.

Sabemos hoy que, en oposición á las enseñanzas de la filosofía clásica, existen dos formas de lógica muy distintas, la lógica racional y la lógica de los sentimientos. Estas dos lógicas se hallan de tal modo distanciadas que no se puede pasar ja-

más de la una á la otra, y por consecuencia expresar la una en el lenguaje de la otra. Por esto, precisamente, hay tantas cosas que se sienten y que no se pueden definir. En la lógica racional se basan todas las formas del conocimiento, especialmente las ciencias exactas; con la lógica sentimental se edifican nuestras creencias, es decir, los factores de la conducta de los individuos y los pueblos. La lógica racional rige el dominio de lo consciente, donde se fabrican las interpretaciones de nuestros actos, mientras que en el dominio de lo subconsciente, dirigido por la lógica de los sentimientos, se elaboran sus verdaderas causas. La observación demuestra que las sociedades se hallan guiadas por la lógica de los sentimientos, y que la lógica racional no es suficiente para influir y menos para trasformarla. El alma sencilla de los reformadores es demasiado inaccesible á la génesis de las cosas para comprender que las instituciones no se construyen con razonamientos lógicos, y de esta noción parecen compenetrados los estadistas ingleses. Uno de sus ministros decía, no ha mucho, en pleno Parlamento, que el gran mérito de la constitución inglesa era el de no ser racional. Ésta es, en efecto, su fuerza, mientras que la debilidad de las innumerables constituciones engendradas por nuestras revoluciones desde hace un siglo en Francia obedece exclusivamente á no estar basadas sino en la razón pura.

Esas ideas permanecen incomprensibles á los cerebros latinos y sería inútil insistir en ellas. Me limitaré, por tanto, á recordar que las religiones, los gobiernos, los actos políticos, en una palabra, todo lo que constituye la trama de la existencia de un pueblo, está fundado en sentimientos y de ningun-

na manera en razones. El verdadero papel de los hombres de Estado es el de saber manejar estos sentimientos para influir en la opinión. Las apariencias parecen demostrar que ellos obran por la lógica de sus discursos. El mecanismo de la persuasión es muy distinto, según veremos en este libro. Las multitudes no se impresionan jamás por el vigor lógico de un discurso, sino por las imágenes sentimentales que ciertas palabras ó asociaciones de las mismas hacen nacer. Las proposiciones encadenadas por medio de la lógica racional sirven únicamente para fijarlas. Aun admitiendo que un discurso exclusivamente lógico produzca una convicción, será ésta siempre efímera y no constituirá jamás un móvil de acción.

* *

Pero si no es la lógica racional la que conduce á los hombres y hace evolucionar sus creencias, ¿cómo explicar que en el momento de la Revolución, teorías únicamente deducidas de la razón pura produjesen tan rápidos y profundos trastornos? Antes de demostrar que esta contradicción es sólo aparente, recordaremos primeramente que la Revolución no tuvo en realidad más que un solo teorizante de influencia, Rousseau. La acción de Montesquieu, muy grande en sus comienzos, decayó rápidamente; este último trataba, sobre todo, de explicar organizaciones sociales ya existentes; Rousseau se proponía construir una nueva sociedad. Este dulce alucinado creía que el hombre, feliz en el estado de la naturaleza, había llegado á ser depravado y miserable por el influjo de la sociedad. La razón exigía, por tanto, que se rehiciese. Igualmente esta-

ba convencido de que el vicio esencial de las sociedades es la desigualdad, y que el origen del mal social está en la oposición de la riqueza con la pobreza. Era necesario, por tanto, cambiar todo esto estableciendo primero la soberanía popular. Y es lo que trataron precisamente de realizar sus discípulos, por los medios enérgicos conocidos, tan pronto como las resistencias del rey, de la nobleza y el clero engendraron las violencias que les condujo al poder. Robespierre, Saint-Just y los jacobinos trataron únicamente de aplicar las teorías de su maestro. La influencia de Rousseau no desapareció con la Revolución. M. Lanson observa con razón que «desde hace un siglo todos los progresos de la democracia (igualdad, sufragio universal, el aniquilamiento de las minorías, las reivindicaciones de los partidos extremos, la guerra á la riqueza y á la propiedad) han sido inspirados por su obra». En realidad vemos que más que un inspirador fué un pretexto.

Es notable la rapidez con que en el momento de la Revolución se propagaron las ideas de Rousseau. Sabemos, por los Estados generales de 1789, lo que la mayoría de los franceses pedía entonces: abolición de los privilegios feudales, leyes fijas, justicia uniforme, etc., es decir, casi lo mismo que Napoleón realizó en su código. La monarquía era universalmente respetada y nadie pedía su supresión. Y, sin embargo, tres años más tarde los teóricos citados anteriormente reinaron con soberanía y el Terror se encargaba de suprimir á aquellos que no les veneraban. Parece, por tanto, que existe una contradicción evidente entre lo que hemos dicho de la poca influencia en los acontecimientos de las teorías que se deducen de la razón pura, y la acción

que estas teorías parece que ejercieron durante la Revolución.

Insistiremos en esta contradicción afirmando que los hombres de todos los tiempos se hallan gobernados por muy escaso número de ideas directoras, que se establecen muy lentamente y no llegan á ser móviles de acción más que después de ser transformadas en sentimientos.

En el fondo, la contradicción no existe, á pesar de su aparente realidad. Si, en efecto, las ideas de los teóricos de la Revolución se implantaron con facilidad en el alma de las multitudes, no es porque fuesen nuevas, sino, por el contrario, porque eran muy antiguas. Las teorías revolucionarias no hicieron más que prestar el apoyo de las leyes á las pasiones, que jamás han cesado de existir, y á las aspiraciones, que las necesidades sociales pueden reprimir ó endulzar, pero que no desaparecen nunca.

El pueblo había aceptado el poder real y la desigualdad de condiciones porque, mantenidos por una antigua contextura social, parecían indestructibles necesidades naturales. Desde que el pueblo oyó de los gobernantes, á los que el poder supremo confería gran prestigio, afirmar que el pueblo era el verdadero soberano, que su despotismo debía reemplazar al de los reyes, que siendo una injusticia la desigualdad de las fortunas, se llegaría á la distribución de bienes de los que hasta entonces fueron sus amos, llegó fatalmente á adherirse con entusiasmo á tales ideas y á considerar como enemigos, dignos del mayor suplicio, á aquellos que se opusiesen á la realización de sus apetitos. Si en los momentos actuales un gobernante, apoyado por la autoridad de filósofos reputados, dictase leyes autorizando el asesinato y el pillaje, contaría bien

pronto gran número de adeptos y sería tan aplaudido como cuando propusiese confiscar los millones de las congregaciones para distribuirlos entre los obreros y los amigos. Claro está que la práctica de estas doctrinas no dura mucho tiempo, porque pronto se descubre, como ocurrió pocos años después de la Revolución, que la anarquía arruina y no enriquece, y desde este momento, y lo mismo que en aquella época, la nación buscaría un dictador enérgico capaz de librarla del desorden.

* *

Se hacen grandes ilusiones sobre la utilidad de los gobernantes y los límites de ésta, porque su poder, muy débil para el bien, es muy grande para el mal. Siempre fué muy fácil destruir y difícil construir. Hoy tenemos que defendernos, no sólo contra las rígidas necesidades económicas de los momentos actuales, sino también contra el celo desastroso de legisladores que legislan al azar, siguiendo las impulsiones del momento, como demostraremos inmediatamente. Leyes llamadas sociales, que molestan cada vez más á la industria y no enriquecen á nadie; leyes poniendo trabas al aprendizaje hasta el punto de obligar sean despedidos los aprendices de las fábricas, con lo que se consigue que gran número de ellos se conviertan en ladrones y asesinos, como lo demuestran los rápidos progresos de la criminalidad infantil; incesantes persecuciones religiosas; expropiaciones, cuyo resultado final ha sido dividir Francia en dos pueblos enemigos; leyes aduaneras, que por las represalias que provocan continuamente terminarán por acabar con nuestro comercio con el extranje-

ro, etc. Todas estas leyes, creadas por una razón escasa, son calamidades artificiales que hay que añadir á los males naturales cuyo peso estamos obligados á soportar.

No nos proponemos acusar con esto á la razón, sino á aquellos que pretenden emplearla para modificar fenómenos que no saben regir. La ciencia, y todas las formas del conocimiento, se basan exclusivamente en la razón, y se gobierna á los hombres y se hace la historia principalmente con sentimientos y creencias.